

## CARTA SOBRE LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

*Este artículo tiene la forma de carta abierta a uno de los más serios teólogos de la liberación, protestante como el autor de la carta. Con ella y el extracto que sigue a continuación, intentamos presentar algo así como un balance europeo de esa teología. Más neutral en el artículo siguiente, más interpelador en esta carta; pero siempre se trata de un balance hecho por autores que han sabido y han querido comprender la importancia de la teología de la liberación, eludiendo las cómodas desautorizaciones hechas con tópicos al uso, y que enmascaran intereses menos confesables.*

*Teología de la liberación. Carta abierta a José Míguez Bonino. Iglesia Viva, 60 (1975) 559-570*

Querido amigo:

Su libro *Doing theology in a revolutionary situation* (Hacer teología en una situación revolucionaria) me ha llegado hondo, dejándome vivamente inquieto. Por él he podido saber algo sobre la historia y actual situación en Latinoamérica. La teología de la liberación se me ha hecho así más comprensible, atendiendo al contexto en el que solamente ella vive. A través de sus páginas, he podido hacerme cargo de cómo aparece a los ojos de un latinoamericano la teología política europea nacida en una situación tan diversa. Una vez que usted, Rubem A. Alves, Juan Luis Segundo, Gustavo Gutiérrez y Hugo Assmann han expresado con claridad qué les desagrada de nosotros y qué les parece irrelevante en nuestra teología para la situación en la que ustedes se encuentran, y por lo tanto también para nuestra propia situación, quisiera yo comenzar aquí a clarificar qué nos desagrada a nosotros y qué esperamos de ustedes.

### TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN ¿TEOLOGÍA LATINOAMERICANA?

La teología de la liberación quiere ser una teología aborígen, en cuanto liberada de la tradición europea y de la teología noratlántica, para volverse así hacia experiencias y tk.reas latinoamericanas no intercambiables. Pero al derrumbamiento del imperialismo teológico europeo no le está permitido ser sustituido por un provincialismo teológico.

Para que el derrumbamiento imperialista esté lleno de sentido, debe conducir a la construcción de una teología común de dimensiones mundiales, que supere la parcialización de la teología occidental. No es bueno reforzar las tendencias a un provincialismo limitado mediante una política de incomunicación.

De Latinoamérica no ha llegado, hasta el momento, una teología que como la japonesa o la africana replanteen los intereses y el arte de pensar de los europeos. Escuchamos fuertes críticas a la teología occidental, pero en realidad, lo que en dichas críticas se nos ofrece no es sino parte del pensamiento de Marx y Engels, como genuino descubrimiento latinoamericano. No decimos nada contra Marx y Engels, sino que ambos, nacidos el uno en Tréveris y el otro en Barmen, forman parte de la historia europea, y no son para nosotros un inconveniente, sino una ventaja. Ninguno de los dos debe ser desconocido para los teólogos europeos.

Por lo que hace a la crítica de la teología europea, se recibe una impresión no exenta de contradicción: primeramente se ve uno fuertemente criticado, para tropezarse después con la sorpresa de que el crítico viene al final a afirmar lo mismo que uno había ya dicho, e incluso con las mismas palabras.

Rubem A. Alves (*Cristianismo, opio o liberación*, Salamanca, 1973), critica la "teología de la esperanza" calificándola de demasiado trascendental en la determinación de la promesa y de demasiado negativa en el enjuiciamiento del presente histórico. Pero Alves acabará hablando de la promesa divina y del lenguaje de la libertad, quedándose más acá que la "teología de la esperanza".

Juan Luis Segundo, *Capitalismo y socialismo: "cruz teológica"*, Concilium, 96 (1974), critica a la "teología política" el que ésta relativice únicamente todas las absolutizaciones de experiencias e ideologías en nombre de la esperanza escatológica y conceda únicamente valor de anticipaciones, analogías y proyectos no vinculados al futuro escatológico totalmente otro. En realidad, Segundo ha leído la mitad, pues de la estimulación y fortalecimiento de las esperanzas históricas mediante la esperanza escatológica han hablado, de continuo, Bonhoeffer y Barth, sin hablar ya de Metz y Moltmann. Pero Segundo tiene naturalmente razón al referirse al hecho de que Jesús, en su actividad mesiánica, no relativizó, sino -según nuestras "torpes" experiencias- "absolutizó" el presente. El Reino mesiánico es precisamente lo que hace posible absolutizar lo relativo y lo que hace incidir lo incondicionado en lo condicionado. Si Segundo se quedase aquí, habría que aceptar autocríticamente este punto de vista. Pero al final de su artículo, él mismo relativiza su propia posición al decir que, en la historia, "incluso quizá de forma meramente fragmentaria, se trata del Reino de Dios". Con esto Segundo no ha hecho más que cambiar las expresiones criticadas de anticipación, proyecto y analogía por la de "fragmento". Esto no es sin duda una "crítica radical incluso de la teología europea más progresista".

José Míguez Bonino, ofrece los mismos problemas. El quisiera, contra Moltmann y la teología europea, "materializar" el Reino de Dios históricamente y cortar la retirada, en la teología, a una "función crítica" neutral. Con todo, si se adentra uno en el pensamiento propio de Bonino, encontrará en él cuanto se critica- a la teología política de Metz y Moltmann. Habla de una función utópica de la escatología cristiana, de la fe cristiana como estímulo y provocación para la acción revolucionaria; de la fe escatológica que torna sin sentido toda inversión de la vida en la construcción de un orden imperfecto y temporal; de la resurrección de los muertos como triunfo del amor de Dios y de su solidaridad con todos los hombres, en la cual lo imperfecta recobra su perfección. Todo esto se puede encontrar también en Moltmann y en Bonhoeffer, Barth, Gollwitzer, Metz y otros europeos.

Ante la lectura de la *Teología de la liberación* de Gustavo Gutiérrez, uno no puede menos de inquietarse. El lector desearía descubrir en él a Latinoamérica, y en este punto se experimenta un desencanto. Gutiérrez postula un proceso de liberación para Latinoamérica calcado de la historia europea de la libertad. Uno se da cuenta de tal postulado cuando éste le es clarificado con los nombres de Kant y Hegel, Rousseau y Feuerbach, Marx y Freud. El proceso de secularización se describe detalladamente de la mano de Gogarten, Bonhoeffer, Cox, Metz. Todo en una elaboración nueva e independiente que ofrece- muchos puntos de vista nuevos; pero tomado todo justamente de la historia de Europa, apenas nada de la historia de Latinoamérica. Gutiérrez ha

elaborado una valiosa aportación para la teología europea, pero, ¿dónde queda Latinoamérica?

No es fácil expresar estas impresiones, pues no se trata en verdad de reproches, ni mucho menos de una contracrítica. Es incluso presumible que nosotros europeos esperemos algo falso, como "un producto de consumo" de moda, destinado a superar el aburrimiento propio, lo cual sería paternalismo. Pero en todo caso tendría mayor sentido trabajar juntos por una construcción nueva de la teología, antes que pretender dejar atrás al otro en concurrencia hacia la "izquierda", la "derecha" o el centro", pisándose en ello los talones.

## **EL MARXISMO Y LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN**

El segundo de los problemas, es el de la utilización del marxismo por los teólogos latinoamericanos, sobre todo de la forma en que el análisis marxista es teológicamente utilizado.

Sirva en primer lugar al caso, una reflexión histórica sobre el problema de la recepción del marxismo en Latinoamérica: Su historia es visiblemente otra que la de Asia y Africa, más eficazmente marcada por el dominio y la historia de las revoluciones europeas. También la necesaria revolución socialista del proletariado permanece en este horizonte. Mientras China, que sólo de forma breve fue dominada por Occidente (y jamás del todo), encontró muy temprano en Mao su propio camino hacia el socialismo, en los escritos de los teólogos de la liberación apenas si se encuentran planteamientos semejantes. Estos teólogos recomiendan a los teólogos de todo el mundo utilizar el análisis marxista de las clases sociales, para poder pisar el suelo concreto de la historia de sus pueblos, pero ellos no realizan este análisis en la historia concreta de su propio pueblo, se limitan más bien a citar algunos conceptos fundamentales de Marx, y de forma tan general que apenas si llega uno a enterarse algo de la lucha del pueblo latinoamericano. De lo que uno se entera es de algunos de los frutos de las lecturas de estos teólogos.

Ahora bien, una cosa es el análisis acertado de la situación histórica del pueblo y otra bien distinta son las declaraciones del marxismo de seminario como cosmovisión. Marxismo y sociología no llevan por sí mismos a un teólogo al pueblo, tan sólo a la colaboración con marxistas y sociólogos. En realidad, tanto la teología, como la "teología pura", como la teología enriquecida por el marxismo y la sociología, permanecen dentro de su ámbito peculiar. El cambio auténtico, el que de verdad se necesita, lo tienen aún por delante unos y otros, los "teólogos políticos" de Europa y los teólogos de la liberación de Latinoamérica. Juntos pueden, a mi modo de ver, aventurarse en esta conversión al pueblo.

## **LAS DIVERSAS SITUACIONES HISTÓRICAS**

La diferencia más importante entre los teólogos latinoamericanos de la liberación y los teólogos políticos europeos estriba en la valoración de las diversas situaciones históricas. Yo creo que se da una gran unanimidad en lo considerado políticamente necesario a nivel mundial. Pero los diversos países, sociedades y culturas no viven

épocas sincrónicas. De aquí, que según las situaciones, se presenten caminos diversos para lo que es considerado por todos como bueno. Muchos teólogos latinoamericanos creen vivir una "situación revolucionaria". Pero una cosa es hablar de la *necesidad* de una revolución socialista, y otra bien distinta, atendiendo al despertar del pueblo, hablar de la *posibilidad* de una tal revolución. La necesidad de una pronta y profunda modificación de las relaciones económico-sociales puede ser indiscutible, pero, ¿de qué sirve la mejor de las teorías revolucionarias si el sujeto histórico de la revolución no existe o no está preparado para ella? El sujeto de la liberación revolucionaria será solamente el propio pueblo oprimido y explotado. De una situación verdaderamente revolucionaria se puede hablar justificadamente, sólo cuando su necesidad es general y comúnmente experimentada, cuando la situación se torna insoportable, cuando es reconocida como lo único necesario, y cuando el potencial para realizar lo que se juzga necesario está listo para ello.

Si tomamos estos puntos de vista y los aplicamos a la situación en Europa, realísticamente no podemos hablar de una situación "revolucionaria" o "pre-revolucionaria". Los teóricos de izquierdas de los años sesenta no adolecieron de una manifiesta falta de realismo, como les reprocharon los teóricos conservadores de derechas, sino más bien de un contacto defectuoso con el pueblo. En nuestra latitud, evidentemente, el pueblo no está interesado en un imperialismo ideológico y parece mucho más importante mantener el contacto con el pueblo que viajar en solitario al país del futuro. Es más importante vivir y trabajar con el pueblo que probar una sociedad sin clases tan sólo en la pura teoría.

El pensamiento-guía, que yo mismo considero realista en Europa y preñado de futuro al mismo tiempo, es el del socialismo democrático. En los países europeos -incluimos también USA- no es posible realizar el socialismo a costa de la democracia. Nadie estaría dispuesto a sacrificar por nuevos sueños las libertades ya logradas, por imperfectas y parciales que éstas puedan ser, tales como: libertad de prensa, sufragio universal, derecho a la libre opinión y a su expresión, derecho de huelga, libertad de movimiento y acción, garantías jurídicas, etc. Son muchos, sin embargo los que están dispuestos a extender estos derechos democráticos a las relaciones económicas, a luchar desde los sindicatos por la democratización de la economía.

El socialismo de los países del Este es visto en Occidente como socialismo militar prusiano o como socialismo burocrático feudal; en todo caso, como socialismo de estado, sin un estado democrático. Quien ha gustado un poco de libertad política, no puede ya creer en aquellas teorías con las que se justifica la dictadura, va sea de derechas o de izquierdas. Se remite únicamente a la realidad. Socialismo sin democracia, justicia económica sin garantía de los derechos humanos, no constituyen esperanza alguna para nuestro pueblo. Un socialismo democrático exige avanzar por ambos caminos al mismo tiempo, por el camino de la democratización de las instituciones políticas y por el camino de la socialización de las relaciones económicas. Exige ser construido sobre lo que ya hay de positivo y sobre el potencial existente, y a nivel sindical participar, mediante la cogestión, en el poder económico y así distribuirlo de forma que pueda llegar a ser controlado por el pueblo. Si este camino democrático hacia el socialismo tiene éxito y si se muestra o no eficaz para los países del tercer mundo, es algo que se verá en su día. Nadie puede dar garantías y nadie afirmará que sea ésta la única ortopraxis auténtica e infalible. Pero después que el camino inverso, del socialismo a la democracia produjo resultados tan poco consoladores, nosotros no

tuvimos otra alternativa que seguir este camino. Lo que no excluye que otros, desde su peculiar situación, deban andar otros caminos y, bajo circunstancias determinadas, intentar superar el dominio de clase y la dictadura de derechas mediante una dictadura temporal de izquierdas, una dictadura de protección y tránsito cara a la construcción del socialismo y la democracia. No puede ciertamente excluirse este camino en determinadas circunstancias de extrema necesidad y como *ultima ratio* aunque el precio que ha de pagarse por ello es siempre bastante elevado. Se debería, sin embargo, aceptar que el camino de la democracia al socialismo democrático y el del socialismo a la democracia social no se excluyen recíprocamente sino que más bien convergen. Al fin y al cabo, tanto en el socialismo como en la democracia se trata de que el pueblo llegue a ser sujeto de su propia historia de libertad y el hombre alcance una humanidad libre de taras.

Ortopraxis es una palabra peligrosa si con ella se quiere llegar a dogmatizar y uniformar una praxis de vida. En las diversas situaciones políticas y en las diversas épocas históricas en las que de hecho vivimos, lo justo y conveniente que debe hacerse ofrece apariencias distintas. La meta, sin embargo, sólo puede ser la única y la misma para todos: una sociedad mundial humana, en la que los hombres no vivan enfrentados unos con otros por más tiempo, sino que se sientan solidarios los unos de los otros. La ortopraxis latinoamericana tendrá otro rostro que la ortopraxis europea occidental. Lo importante es que la perspectiva sea la misma dentro de las diferencias. ¿No debería ser posible un recíproco reconocimiento, y con él una aceptación recíproca de una crítica mutua?

## DOS TOMAS DE POSICIÓN

Concluyo esta carta tomando posición frente a dos acontecimientos que por el momento me preocupan:

a) Treinta y dos destacados representantes eclesiásticos protestantes han saludado en diciembre del pasado 1974 la toma del poder en Chile por la Junta Militar como "una respuesta de Dios a las plegarias de todos los creyentes que ven en el marxismo un poder satánico". Esta declaración es tan monstruosa que no puede dejarse correr con un penoso silencio. El Dios de Jesucristo no responde a las oraciones de sus creyentes con la ejecución de más de 10.000 hombres. Los denominados "creyentes" se colocan con esta declaración como partidarios de una moderna religión política que nada tiene en común con el cristianismo. La cristiandad entera tendrá que hacer penitencia en todo el mundo por la declaración de aquellos treinta y dos "representantes eclesiásticos protestantes". Tendrá que distanciarse y convertirse

b) En enero de 1975 el gobierno socialista de Yugoslavia ha suprimido la publicación de la mundialmente conocida revista filosófica "Praxis", y expulsado de la Universidad a ocho catedráticos de Belgrado, miembros todos del círculo de "Praxis". Era "Praxis" el último centro del socialismo democrático europeo en el que podían trabajar juntos socialistas del Este y del Oeste. Con esto se apaga en Europa una de las pocas luces que alumbraban a socialistas y demócratas juntos. Rigen el dogmatismo y la burocracia. Nada les viene más a propósito a los tecnócratas del capitalismo

Nuestra esperanza puede hoy remitirse tan sólo a unos pocos positivos "signos de los tiempos". Los signos de la desirucción aumentan cada vez más. Nuestra esperanza no puede ser por más tiempo infantil y entusiástica. Tiene que convertirse, madura y firmemente, en común resistencia contra el mal de los peones de la muerte. Nosotros analizamos como siempre nuestra situación: esperanza es fidelidad a la resurrección y por ello, perseverancia en la Cruz. Esto se aprende en el pueblo, en la comunión con los pobres y con los que sufren, con los que tienen hambre y sed de justicia.

En la comunión del "Pueblo de las bienaventuranzas", le saludo cordialmente suyo,

Jürgen Moltmann

**Tradujo: A. GONZÁLEZ MONTES**  
**Condensó: JOSE MIRALES**